

Antonio Gramsci: Praxis y reflexión para la transformación

Por Agustín Pinillos

*"¡Durante veinte años tenemos que impedir
que este cerebro funcione!"*

**Frase del fiscal al juez, al
culminar su requisitoria en 1928.**

Introducción

Antonio Gramsci nació en Cerdeña, Italia, en 1891, en el seno de una familia perteneciente a la pequeña burguesía de Ales, una ciudad ubicada en el corazón de la isla. Fue el cuarto de siete hermanos, y su infancia resultó, como la de muchos de los niños y niñas de aquella época, muy dura en cuanto a las condiciones sociales y económicas. Ya desde sus primeros años de vida debió salir al mercado laboral para poder colaborar con el sustento del hogar. Durante esas labores sufrió una caída, que le produjo una deformación en la columna y, como consecuencia, le impidió crecer con normalidad, de modo que su altura no llegó nunca a superar el metro y medio. A pesar del contacto rutinario con el exigente trabajo físico en su juventud, Gramsci comenzó desde muy temprano a demostrar una profunda necesidad por el conocimiento y una propensión hacia los estudios que se irá desarrollando a lo largo de toda su vida. Estos estudios fueron abordados formalmente a través de instituciones educativas de manera intermitente. Completó la escuela primaria con las máximas calificaciones, pero las limitaciones materiales de su familia impidieron que pudiese continuar inmediatamente la secundaria. Por aquel entonces, a fines del siglo XIX y principios de XX, ésta era una realidad común a muchos hombres y mujeres europeos que debían embarcarse en trabajos y oficios desde la primera juventud para poder asegurar un plato de comida, o emigrar de sus lugares natales hacia nuevos horizontes. Ya a partir de la década de 1880, la emigración de italianos que abandonaba definitivamente su lugar de origen, trasladándose principalmente a Estados Unidos, Argentina, Brasil, Uruguay y Francia, se aceleró notablemente.

La familia de Gramsci, durante esos primeros años de vida, sufrió importantes restricciones materiales debido en parte a que su padre, Francesco Gramsci, un hombre que había recalado en la isla en búsqueda de empleo proveniente de la provincia de Latina, en la región del Lazio, había estado varios años en prisión. Como empleado

público fue condenado en una causa de corrupción por malversación de fondos. Este hecho y el encarcelamiento de su hijo Antonio marcarán a fuego su vida.

Tras finalizar los estudios secundarios en liceos del interior de la isla de Cerdeña, Antonio se trasladó al continente para seguir estudios en filosofía y lingüística (Campione: 2007. p9). En la Universidad de Turín ganó una beca para estudiantes de escasos recursos, que le permitió ingresar como alumno a la Facultad de Letras. Allí conocerá a Palmiro Togliatti¹, con quien coincide en los exámenes de ingreso. Estimulados por los frecuentes contactos que por aquel entonces mantenían entre sí trabajadores y universitarios en la ciudad, ambos se inscriben casi simultáneamente en las Juventudes Socialistas y pasan a colaborar en diferentes secciones de los periódicos *Il Grido del Popolo* y *Avanti*, este último órgano oficial del Partido Socialista Italiano, contribuyendo con escritos políticos y de prensa.

Por entonces, Turín era la ciudad más industrial y obrera de una nación atrasada que se había constituido como Estado nacional tardíamente, en el siglo XIX, luego de centurias de parcelación territorial en múltiples reinos, ducados y pequeños Estados. Una nación que contenía dentro de sus mismas fronteras a un capitalismo dinámico y competitivo en el norte, que había desarrollado un sustancioso tejido productivo, conviviendo con una economía agraria y latifundista en el centro y sur del país. Así lo observaba el propio Gramsci en su tesis de Lyon:

“La industrialización, que constituye el aspecto esencial del capitalismo, en Italia es bastante débil. Sus posibilidades de desarrollo se ven limitadas por la situación geográfica y la falta de materias primas. Por ello, no logra absorber a la mayoría de la población italiana (...). Se opone a la industrialización una agricultura que se presenta naturalmente como la base de la economía del país. Las variadísimas condiciones del suelo y la consiguiente diferencia de cultivo y sistemas de manejo provocan, sin embargo, una fuerte diferenciación de las clases rurales, con un predominio de los estratos pobres...”²

La sociedad italiana, con sus múltiples particularidades producto de las históricas diferencias entre el norte y el sur, la variedad de regiones, dialectos y tradiciones, el largo dominio y ocupación del territorio por parte de potencias extranjeras y la presencia

¹ Palmiro Togliatti fue una figura central del marxismo italiano. Se desempeñó como secretario general del Partido Comunista de su país desde 1927 hasta su muerte, en 1964.

² Gramsci, Antonio. *Tesis de Lyon*, 1926.

siempre irradiante de la Iglesia católica centrada en Roma, estaba siendo sometida a comienzos del siglo XX a un considerable esfuerzo de modernización por parte del mundo industrial y financiero inspirado en los países de Europa Central (Koan: 2004. p7) Alemania, por ejemplo, había atravesado, paralelamente, un proceso de unificación nacional simultáneo al de Italia, liderado por sectores burgueses ligados a la producción del acero, los productos químicos y eléctricos, la industria metalmeccánica y la siderurgia. Esto, sumado a la extensión de una extensa red de ferrocarriles y otras vías de comunicación favorecidas por un férreo centralismo territorial, político y militar, pudo colocar al país en pocas décadas en un nivel de desarrollo de punta, similar al de Inglaterra o Estados Unidos (Kemp: 1987. p53). Mientras tanto, Turín se había convertido en la ciudad del automóvil, cuya producción suscitaba una tecnología de vanguardia y aglutinaba al proletariado con mayor nivel de involucramiento político del país. Durante el siglo XIX, la ciudad había desempeñado un papel preponderante como centro propulsor de la unidad italiana. La burguesía piamontesa, representada por industriales, políticos e intelectuales, fue la principal gestora de los movimientos nacionalistas que surgieron en este período. En esta región se concentraba la mayor parte del potencial económico de la Península y era la única zona industrialmente integrada al resto de Europa. Después de *Il Risorgimento*³, en un contexto nacional de lento desarrollo y gran desigualdad regional, Turín fue la capital del Reino de Italia de 1861 a 1865, título que pasó luego a Florencia y finalmente a Roma. Allí sesionó el primer Parlamento que investió a Víctor Manuel como rey de Italia. Protagonista asimismo de una gran actividad política, la ciudad se convertirá en la cuna del desarrollo de las ideas del liberalismo y del socialismo de principios del siglo XX. En esas condiciones se produjo con rapidez la difusión de distintas visiones y valores por los intersticios de una sociedad capitalista en plena maduración y en un sector obrero numeroso, con movimientos espontáneos y cada vez más enérgicos, dando lugar al surgimiento de múltiples organizaciones políticas, fundamentalmente aquellas ligadas al Partido Socialista. En palabras de Juan Carlos Portantiero, Turín será “*el centro que los obreros tratarán de transformar pocos años después en el Petrogrado de la revolución proletaria italiana*”⁴. Gramsci arribó a sus calles en momentos que toda la región del Piemonte estaba en un consistente proceso de expansión. Las fábricas de Fiat y Lancia, paradigmas de esos inicios, se encontraban reclutando trabajadores de las regiones más atrasadas del país. A las capitales de Piemonte, Lombardía y Liguria,

3. *Il Risorgimento* (El Resurgimiento) fue el movimiento político y social que aglomeró a los diferentes Estados de la península italiana en el único Estado de Italia en el siglo XIX.

4. Portantiero, Juan Carlos, en *Los usos de Gramsci*, Editorial Grijalbo, Buenos Aires, 1999. Hace referencia al soviét de Petrogrado (luego San Petersburgo), que fue decisivo para impulsar la revolución de octubre de 1917 en Rusia.

que serán consideradas el triángulo industrial de Italia, confluía una multitud de migrantes de origen campesino provenientes de las regiones del sur. Al mismo tiempo, los sindicatos ya estaban establecidos y se desarrollaban los primeros conflictos sociales. Desde su llegada, Gramsci estuvo muy involucrado en esos eventos. Frecuentaba círculos socialistas y se asociaba con emigrados de Cerdeña, lo que le permitió seguir ligado a su cultura nativa. Todo ello posibilitó en él un aprendizaje acelerado del mundo del trabajo fabril y de las ideas revolucionarias, que lo transformaron, en pocos años, en uno de los jefes políticos de formidables movilizaciones de trabajadores.

En 1917 le tocó ocupar su primer cargo formal dentro de las estructuras dirigenciales del Partido Socialista. Poco tiempo después fundó –junto a Togliatti y otros compañeros que también adscribían al marxismo– la publicación *L'Ordine Nuovo* 5, una reseña semanal de cultura y política socialista. En poco tiempo adquirirá volumen y se transformará en el periódico que cubra la efervescencia de los consejos de fábrica, aquellos órganos de autoorganización obrera inspirados en el ejemplo de los soviets de obreros y campesinos creados en Rusia, que se estaban organizando en pleno Turín. Por aquel entonces, Gramsci expresaba en sus páginas que el germen del gobierno obrero no sería el sindicato o el partido, sino la organización de los trabajadores en la fábrica capitalista como organismo político. En sus propias palabras, el "territorio nacional del autogobierno obrero"⁶.

Ésos fueron años de gran efervescencia en la vida social y política de Europa y de Italia en particular, que lo tuvieron como activo protagonista. Dos hechos marcarán el trasfondo de una situación insurreccional con carácter general en todo el continente: la Revolución Rusa, que derrocó al régimen zarista e instauró la experiencia de los soviets, y el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, cuya conclusión en 1918 desencadenó una gran frustración y enormes problemas sociales y económicos que carcomieron los cimientos de las frágiles democracias de muchos países europeos. Italia, a pesar de haber participado en el bando de los vencedores, tuvo tras su finalización un escaso reconocimiento, lo cual generó profunda desilusión y resentimiento social. Esa "victoria mutilada", como fue llamada por los italianos, sin las compensaciones económicas y territoriales esperadas, fue insuficiente para compensar las necesidades y la miseria que la guerra había dejado, sumiendo al país en una insondable crisis económica.

5. En castellano, *El Nuevo Orden*.

6. Gramsci en *L'Ordine Nuovo*, agosto de 1920.

Asimismo, abonó el terreno para el florecimiento de agitaciones revolucionarias en todo el país, pero también para el rápido ascenso de la propaganda nacionalista en los años posteriores. Por su parte, la experiencia soviética entusiasmó sobremanera al joven Gramsci. Ese triunfo contundente de la clase obrera, de los pobres del campo y de la inmensa mayoría popular explotada y oprimida en Rusia, tuvo un carácter extraordinario y disruptivo en el curso de la historia mundial. Proclamó explícitamente una revolución socialista y replanteó las concepciones clásicas del marxismo europeo, según las cuales la liberación del dominio burgués sólo sería posible de comenzar en países industrialmente desarrollados, con una clase obrera concentrada, numéricamente extendida y gravitante. Gramsci se entusiasmó con la capacidad de los bolcheviques para cambiar el curso de la historia y eso lo volcó a la tarea de imitar ese proceso en el movimiento de los consejos de fábrica de Turín y en desarrollar una fracción comunista dentro del Partido Socialista. Abogará por la constitución en Italia de un partido de la Internacional Comunista, la organización internacional fundada por Lenin y el Partido Comunista de Rusia que, tras la disolución de la Segunda Internacional y la separación entre grupos reformistas y revolucionarios, buscó agrupar a los partidos comunistas del globo para abatir a la burguesía internacional y crear un orden soviético internacional.

La profundización de las huelgas, las movilizaciones y las tomas de fábricas y campos por parte de obreros y campesinos generaron que los sectores que representaban la reacción contra ese proceso insurgente reflexionaran profundamente cómo hacer que esas inmensas fuerzas sociales desencadenadas en la posguerra no se encuadraran en favor de las tendencias revolucionarias. La respuesta llegó en el movimiento de los *fasci italiani di combattimento*, que a la postre se convertirían, comandados por el ex militante socialista Benito Mussolini, en el Partido Nacional Fascista. En él encontraron al líder que, con promesas de orden, disciplina y retorno a una supuesta grandeza nacional, prometía evitar la estampida revolucionaria y la intromisión soviética en Italia. En 1922, tras el repliegue del movimiento de los Consejos, se produjo un auge de la violencia. Las milicias de acción fascista, llamadas “escuadras”, desplegaron numerosos episodios de ataques y agresiones físicas y verbales contra sus adversarios políticos, sobre todo contra los socialistas y comunistas. Los intentos de tregua para alcanzar cierta paz social resultaron infructuosos. Las milicias fascistas de los “camisas negras” no cesaron en la violencia contra los partidos obreros, antes y después de su ascenso al poder, hasta conseguir su casi completa destrucción, a fines de la década de 1920.

En octubre de 1922 y tras la Marcha sobre Roma, Mussolini es designado primer ministro. Así se inició el trayecto gradual hacia el Estado fascista, que insumirá algunos

años en completarse, con el progresivo reemplazo del régimen parlamentario por un sistema de partido único, que proscribió toda organización de las clases subalternas, sobre las que impuso el régimen de las corporaciones, una representación no democrática de las corporaciones empresariales, sindicales y sociales. Todo ello bajo el liderazgo absoluto del *Duce*⁷, quien comanda la edificación del régimen autoritario. A partir de ese quiebre profundo en el curso de la historia que significó el arribo de Mussolini al poder, los acontecimientos se desarrollaron de manera trágica y veloz en la vida de Gramsci. Luego de un par de años de cumplir tareas en el extranjero como representante del Partido Comunista ante la Internacional Comunista en la URSS –que le permiten ser un espectador privilegiado de ese proceso–, y luego en Viena, será elegido diputado al Parlamento italiano en 1924, en unas elecciones con fuertes restricciones democráticas y gran presión estatal sobre la oposición.

En 1926, el gobierno de Mussolini promulgó una legislación especial que disolvió el Parlamento italiano y todas las organizaciones de la oposición, prohibiendo asimismo sus publicaciones. Simultáneamente, produjo una serie masiva de detenciones y Antonio Gramsci fue arrestado por el gobierno fascista, previa anulación de su inmunidad parlamentaria. Iniciará así más de una década de permanencia en prisión, hecho determinante que finalmente acabará con su vida. Tenía en ese momento apenas 35 años, era miembro del Parlamento y desde 1924 ocupaba el cargo de secretario general del Partido Comunista Italiano. El régimen fascista veía claramente que la oposición más peligrosa al régimen vendría no ya de la acción política en el sentido tradicional (es decir, de una organización), sino más bien de la conjunción de la crítica y la acción de intelectuales y políticos. El fracaso de la revolución lo lleva a reflexionar sobre las causas profundas de la derrota y sobre la estrategia revolucionaria encaminada a la destrucción de un poder capitalista enormemente fuerte, resistente al colapso económico y a los períodos de crisis, que lograba recuperarse y alcanzaba una estabilización consensual. La confianza que en el pasado los fundadores del materialismo histórico habían tenido de un derrumbe inminente del capitalismo dieron lugar en Gramsci a una reflexión más aguda sobre las nuevas condiciones en que se desarrollaría la lucha del proletariado para implementar una praxis política verdaderamente eficaz, cosa que hasta ese momento había quedado trunca.

Tras sufrir traslados a diferentes cárceles, incluyendo el confinamiento temporario en una pequeña isla, Gramsci fue procesado y condenado en 1928 junto a otros dirigentes

7 La traducción al español es “líder”, “jefe”.

comunistas en Milán. La condena fue a veinte años de cárcel. Pasó a la historia la consigna lanzada por el fiscal a cargo de la acusación pidiéndole al tribunal detener el pensamiento de Gramsci. Sin embargo, en la cárcel alcanzará su máxima potencialidad mental creando una obra que marcó a las generaciones que lo sucedieron. El encierro fascista permitió, paradójicamente, el despliegue de un pensamiento que desde la práctica política como dirigente partidario no hubiera podido desarrollar. En la prisión escribirá de manera irrefrenable, pese a las malas condiciones del ambiente y de su propia integridad física y psíquica. Fue su espíritu siempre apasionado de autodidacta, que a lo largo de su vida lo fomentó a aprender, estudiar y formarse sin pausa, el que, en el encierro más adverso, le dio el impulso necesario para desarrollar una producción teórica a partir de una reflexión de largo plazo, relativamente independiente y autónoma de la coyuntura inmediata.

En cartas escritas a su cuñada Tatiana, quien se convirtió durante su cautiverio en su más íntima colaboradora, Gramsci transmitía por aquel entonces su preocupación por utilizar el tiempo disponible en realizar algo *für ewig*⁸, concentrar los días en un plan de trabajo que le permitiese desarrollar una obra profunda, que contenga su pensamiento. Con la autorización para escribir en su celda comenzará sus anotaciones a partir de un plan de estudios donde la centralidad sea la reflexión sobre el desarrollo político e intelectual italiano como forma de comprender la derrota frente al fascismo y de trazar en el horizonte político una nueva estrategia a partir de los principios del marxismo. Aislado, tuvo que convertir la disponibilidad de tiempo con la que contaba en operatividad: le faltaban libros, documentación y contactos humanos. Tuvo que trabajar con muy poco material sin otro motor más que su propia disciplina mental y su propia exigencia. Los más de diez años detenido, a pesar de su magnífica lucidez, supusieron una agobiante agonía en los cuales su salud empeoró progresivamente. Gravemente enfermo, y luego de varias internaciones, fue finalmente liberado en abril de 1937, pero encontrará la muerte pocos días después sin haber tenido la posibilidad de completar su obra. Las miles de páginas manuscritas en letra diminuta que comprenden su escritura carcelaria fueron rescatadas luego de su muerte y editadas con posterioridad a la derrota del fascismo con el nombre de *Cuadernos de la cárcel*. Los treinta y dos *Cuadernos*, de 2.848 páginas complejas, se convirtieron en un clásico del marxismo y en material de constante estudio y debate entre militantes políticos y estudiosos de las ciencias sociales.

⁸ *Für ewig*, expresión alemana que significa “para la eternidad”.

El marco teórico del pensamiento gramsciano

La teoría de la decadencia del Estado es un rasgo característico de las ideologías políticas que surgieron en el siglo XIX. Marx y Engels convirtieron esta premisa en uno de los fundamentos de su prolífica obra. El Estado, considerado hasta entonces como *la realidad de la idea ética, como lo racional en sí y por sí* (Rendon: 2008. p57), en suma, como la única instancia legitimadora de las formas de vida de una comunidad –de acuerdo con las formulaciones hegelianas–, pasó a ser definido como la violencia concentrada y organizada de la sociedad por Carlos Marx. Esta definición es antitética de la tradición del derecho natural, que alcanzó su punto culminante con Hegel. Sin embargo, los elementos fundamentales en la doctrina de Marx y Engels sobre el Estado dan cuenta del mismo como un aparato coercitivo, como un instrumento de dominación de una clase social, como un momento secundario y subordinado de la sociedad civil, como una institución transitoria y no permanente. En definitiva, de acuerdo con este paradigma rupturista, estamos frente a un aparato coercitivo, particularizado, subordinado y transitorio (Hanono: 1995. p7).

Este vuelco en la concepción del curso histórico que produce la teoría marxista, genera una alteración esencial en las relaciones entre sociedad civil y sociedad política o Estado. Según Norberto Bobbio: “El proceso de pensamiento iniciado con la concepción del Estado que suprime la naturaleza termina cuando surge y se afianza la teoría según la cual el Estado debe a su vez ser suprimido” (Bobbio: 1967). Esto nos indica que el quiebre que referimos en la tradición de pensamiento se sustenta en la idea de que el progreso no marcha de la sociedad al Estado, sino del Estado a la sociedad.

Gramsci pertenece a esta tradición inaugurada por Marx y Engels. El Estado ya no será un fin en sí mismo, sino un aparato, un instrumento; no es el representante de intereses universales, sino particulares; es un ente subordinado a la sociedad subyacente y está condicionado por ésta. Tampoco será una institución permanente, sino transitoria, destinada a desaparecer siguiendo las transformaciones que inexorablemente deben generarse para este fin. Sin embargo, el pensamiento gramsciano tiene rasgos peculiares que es necesario señalar, aun cuando las líneas de su teoría aparezcan de modo fragmentario y disperso, sin dejar de tener, por eso, una unidad fundamental. No caben dudas de que su obra es uno de los intentos más significativos para desarrollar la teoría marxista en aquello que refiere a las complejas relaciones existentes entre la estructura y la infraestructura social (Hanono: 1995. p8).

Uno de estos rasgos peculiares del pensamiento gramsciano consiste en la interrelación planteada entre el consenso y la coerción. A través de esta unión de carácter dialéctico, Gramsci integra el consenso a una teoría que tradicionalmente enfatiza el conflicto. El concepto clave en este caso es el de hegemonía. El Estado es definido como el conjunto

de las actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente justifica y perpetúa su dominación y logra, consecuentemente, obtener el consenso activo de los gobernados. La clase hegemónica, dominante y dirigente, estructura su supremacía a través de la fuerza y del consenso, de la persuasión y de la coacción. La burguesía en los capitalismos desarrollados no debe entonces su preponderancia únicamente a la existencia de un aparato de coerción, sino que logra mantener una compleja red de instituciones y organismos que, además de constituir y expresar su propia unidad como clase, organizan el consenso de las clases subalternas para la reproducción de un sistema de dominación y explotación que se vislumbra en la estructura social.

El estudio del Estado en el bloque histórico

Gramsci abordó el estudio del Estado italiano con la perspectiva de conocer el presente, desde sus orígenes lejanos, para transformarlo de cara al futuro a partir de conservar, pero también de superar, los aportes clásicos de Marx y Engels. En ese sentido, buscó definiciones más concretas respecto de los conceptos generales formulados por los clásicos marxistas, determinando las formas que adquiere el carácter clasista en las sociedades capitalistas del siglo XX. El reconocimiento de la complejidad de la sociedad y del Estado moderno es un punto de partida fundamental para Gramsci, hasta el punto de reconocer el verdadero éxito de los proyectos revolucionarios con la precisa comprensión de la totalidad social que identifica en una noción clave en su pensamiento político, el concepto de bloque histórico. En palabras de Hugues Portelli: “El aporte original de Gramsci atañe más bien al estudio del vínculo orgánico entre estructura y superestructura. Este vínculo es el nudo del bloque histórico”⁹.

El bloque histórico alude a una realidad que se recorta en el tiempo. Como dice Portantiero: “Es el resultado de un juego de relaciones de fuerzas sociales, articulado sistemáticamente a través de la hegemonía que un grupo social ejerce sobre el conjunto”¹⁰. Para que se forme un bloque histórico es necesario que la estructura y la superestructura de este bloque estén orgánicamente ligadas, o sea que se exprese una virtuosa articulación interna de aquel período dado. En esa situación histórica determinada las fuerzas materiales representarán el contenido, y las ideologías la forma en las cuales se mueven y obran los hombres reales.

Gramsci toma el concepto de estructura aportado por la tradición marxista sosteniendo que toda sociedad debe ser estudiada, en principio, desde su aspecto material, es decir como el conjunto de las fuerzas materiales y de las relaciones sociales de un modo de

⁹ Portelli, Hugues. *Gramsci y el bloque histórico*, Pág. 143.

¹⁰ Portantiero, Juan Carlos. *Los usos de Gramsci*, Pág. 183.

producción, que se desarrollan a lo largo de la historia. El curso de la historia está determinado por la producción y reproducción de la vida real, que opera como marco, como límite, que condiciona el ámbito de las alternativas que los hombres pueden seguir y ejercer dentro de esa situación material concreta, pero sin imponer mecánicamente resultados unívocos en el curso de los hechos. En pocas palabras, la estructura es el elemento menos variable del desarrollo histórico (Portantiero: 1978. p183). Gramsci la define como el conjunto de fuerzas sociales, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Pero para Gramsci no existe, desde los procesos que se desarrollan en la estructura, una conciencia social espontánea derivada linealmente de la posición que cada hombre y mujer ocupa en el proceso de producción. (Campione: 2007. p47). Ese discernimiento que puede ser grupal, pero también individual, no es adquirido de modo automático en la experiencia social. Tampoco existe una conciencia preconstituida que se pueda transmitir y aprender como un mero dogmatismo. Consiguientemente, no habrá un proceso inmediato y unidireccional que degenera que las contradicciones al nivel de la estructura sean identificadas en una comunidad por la conciencia de las masas para, de esa manera, desembocar en una revolución social. Y ello es así porque en la base del razonamiento gramsciano reside la primacía de la política. La economía opera como la determinación en última instancia del sistema, pero si el objetivo es la desestructuración del mismo, lo que aparece como dominante son los conflictos en el plano de la política (Portantiero: 1978. p186). Para el italiano es esencial que a toda reivindicación de la lucha de clases anteceda un análisis concreto de las relaciones de fuerzas que se dan en el Estado, en cada realidad nacional. En consecuencia, su propuesta es la del análisis a partir de una concepción ampliada del Estado, mucho más densa y voluminosa que la que sostiene que se trata de un simple instrumento en manos de una clase dominante que se ha constituido como tal, incluso con anterioridad a la existencia de cualquier forma jurídico-institucional. El Estado mismo será un lugar de formación de una clase dominante. Dirá:

“La unidad histórica de las clases dirigentes se produce en el Estado, y la historia de esas clases es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados. Pero no hay que creer que esa unidad sea puramente jurídica y política, aunque también esta forma de unidad tiene su importancia y no es solamente formal: la unidad histórica fundamental por su concreción es el resultado de las relaciones orgánicas entre el Estado o sociedad política y la sociedad civil. Las clases subalternas, por definición, no se han

unificado y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en Estado: su historia, por tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil”¹¹.

La complejidad de la sociedad civil capitalista de Occidente se expresa de múltiples formas que hablan del denso entramado de relaciones sociales que el desarrollo de las fuerzas productivas ha permitido construir con el correr del tiempo. La supremacía de un grupo social, entonces, es algo más que la mera disposición de los aparatos represivos del Estado, y se expresa en formas que exceden los límites del Estado en sentido restringido, para abarcar al conjunto de la sociedad civil.

La sociedad civil en la superestructura

La superestructura del bloque histórico constituye una totalidad compleja, en cuyo seno Gramsci distingue dos esferas esenciales: por una parte, la de la sociedad política, que agrupa al aparato del Estado con sus mecanismos coercitivos; por la otra, la de la sociedad civil, que ocupa la mayor parte de la superestructura (Portelli: 1973. p13). Por ello no circunscribe su concepción del Estado a la de la concepción tradicional, reflejada en el derecho liberal. Organismos que no pertenecen jurídicamente al Estado pueden serlo por la función que cumplen, por su asociación a la reproducción de la sociedad civil en su conjunto. Sociedad política y sociedad civil cruzan de este modo las fronteras del Estado estrictamente jurídico en una y otra dirección, mientras que las sumas de ambas componen el Estado en sentido real, el Estado ampliado (Campione: 2004. p30), De esta manera va más allá de lo que se considera jurídicamente como Estado, e incorpora lo que Marx llamaba “los medios de producción ideológica”, como la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, que expanden una visión del mundo y organizan a las masas.

La noción de sociedad civil está presente en el pensamiento político moderno de muchos autores. Ya Hegel había producido una gran innovación respecto de la tradición del derecho natural al designarla como la sociedad preestatal o prepolítica que recorre un tránsito inminente hacia una instancia de superioridad en el seno del Estado ético, mientras que para los anteriores pensadores iusnaturalistas el término era utilizado como sinónimo de sociedad política en oposición al estado de naturaleza. Marx incorporará de manera central el concepto en su obra designando con el término toda la vida social preestatal, donde se desarrollan las relaciones económicas. Dirá, junto con Engels en *La ideología alemana*: “La sociedad civil es el verdadero hogar y escenario

¹¹ Gramsci, Antonio. “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas”, en *Cuadernos de la cárcel: El Risorgimento*, México, 1986, Pág. 249.

de toda la historia (...) La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas” (Marx: 1968. p38).

La concepción gramsciana de la sociedad civil es radicalmente diferente, ya que se ubica en el momento de la superestructura social. Para él será la dirección intelectual y moral de un sistema social (Portelli: 1973. p14). Su campo de acción es enormemente vasto y complejo, ya que su vocación es la de dirigir todo el bloque histórico. Según Portelli, puede ser entendida bajo diferentes aspectos (Portelli: 1973. p18):

- Como ideología de la clase dirigente (abarcando diferentes ramas de la ideología y del quehacer humano, como las ciencias, el arte, el derecho, etc.)
- Como concepción del mundo difundida entre las capas sociales a las que enlaza a la clase dirigente (expresada a su vez con diferentes grados y cualidades: sentido común, folclore, religión, filosofía).
- Como dirección ideológica de la sociedad, articulada en diferentes niveles: como ideología propiamente dicha, como las organizaciones que crean y difunden ideología, y como los instrumentos técnicos de difusión de la ideología.

La ideología es una concepción del mundo que se expresa implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida intelectual y colectiva. Se extiende a todas las actividades del grupo dirigente, que crea, a su vez, cuadros de intelectuales que se especializan en cada uno de los aspectos de ese corpus ideológico. Esas distintas ramas pueden parecer distintas e inconexas, pero forman en realidad aspectos particulares de un mismo todo: la concepción del mundo de la clase fundamental. Esta concepción tan amplia de la ideología incluye todas las actividades del grupo social dirigente, aun aquellas que una mirada desprevenida podría calificar como menos ideológicas, como pueden ser las ciencias (Portelli: 1973. p19).

La ideología debe difundirse en toda la sociedad para cristalizar la hegemonía de la clase dirigente, pero, tal como afirma Portelli, no posee la misma homogeneidad en todos los niveles: aquella difundida entre las clases dirigentes es mucho más elaborada que los trozos sueltos de ideología que se observan en la cultura popular (Portelli: 1973. p19). Por eso tendrá grados cualitativos diferenciados de acuerdo con las determinadas capas sociales. La filosofía es la concepción del mundo que posee mayor nivel de elaboración, densidad y coherencia. Su espíritu sistemático a partir de su relación intrínseca con la historia del pensamiento permite que se convierta en referencia de todo el sistema ideológico, influyendo sobre las normas de vida de prácticamente todas las

capas sociales. Su objeto es conservar la unidad ideológica de todo el bloque social, y su historia es el derrotero por cambiar, corregir y perfeccionar las concepciones del mundo existentes en cada época determinada en función de las variaciones que el grupo dirigente determina ante cada realidad. Toda filosofía orgánica, que recibe esta denominación por estar ligada a una clase fundamental, constituye un pensamiento superior al sentido común por poseer sistematicidad y coherencia científica. De esta manera influye sobre el sentido común, pero a su vez debe mantenerse en contacto con las capas populares, con los simples, a los fines de dirigir ideológicamente mejor a las clases subalternas. La efectiva conexión entre filosofía superior y sentido común estará asegurada por la praxis política que afirma a su vez la unidad ideológica del bloque histórico. Por su parte, el sentido común constituye una amalgama de diversas ideologías tradicionales, de distintas religiones y de la ideología de la clase dirigente. No solamente aparecen allí religiones contemporáneas sino también antiguas creencias, inclusive supersticiones. Cada capa social posee su propio sentido común, por lo tanto no existe uno solo y se presenta en una diversidad de formas. Su carácter disgregado, e inclusive incoherente, de acuerdo con la posición social y cultural de cada grupo humano, hace que se ubique a mitad de camino entre la filosofía y el folclore, que le suministra elementos de sedimentación ideológica.

En el nivel más bajo del bloque ideológico se ubica el folclore. Es también una concepción del mundo a pesar de su carácter primitivo e incoherente, la concepción del mundo de las clases subalternas de cada una de las formas de sociedad que han existido, pero no tiene elaboración ni sistematicidad. Su desarrollo es contradictorio y no centralizado. Por momentos se asemeja a un aglomerado de fragmentos de todas las concepciones del mundo y de la vida que se han sucedido con el paso del tiempo, que sólo dejan su marca en el folclore. Pero esto no le quita su carácter vivo y presente, que se nutre permanentemente de nuevos elementos. Dentro del folclore, Gramsci identifica una religión popular, diferente de la de los intelectuales y las jerarquías eclesiásticas, y una moral popular formada por las costumbres y las conductas prácticas de los hombres comunes.

De esta manera se puede observar que la esfera ideológica se extiende sobre todas las estratificaciones sociales de la estructura del bloque histórico, disponiendo una articulación compleja (Portelli: 1973. p23).

Por su parte, la estructura ideológica agrupa a las organizaciones culturales encargadas de difundir ideología y a aquellas que incorporan a su actividad una fracción ideológica y cultural (como la Justicia y el ejército). Dentro de las primeras se encuentran la Iglesia (que, según Gramsci, detentó un gran control de la sociedad civil en el bloque histórico

precedente al actual y aún conserva una esfera de control importante), la escuela y los medios de prensa. La Iglesia católica es una institución de gran importancia por su homogeneidad, unidad ideológica y su ordenamiento interno. Funciona como una sociedad civil en sí misma, lo cual le ha permitido mantener una vigencia y una vitalidad exorbitante a lo largo de los siglos. En la organización escolar, ya sea que esté bajo el control del Estado o de una gestión privada, hay una gradación de la ideología, que encuentra en la cúspide el control de la universidad y la academia. La prensa, los medios de comunicación y las editoriales constituyen la tercera de las grandes instituciones de la estructura ideológica. Ya en aquel entonces Gramsci les asignaba una creciente importancia por su desarrollo y dinamismo, que abarcaba el campo de la ideología a todos sus niveles. A estas tres instituciones agregará todo aquello que influye o puede influir sobre la opinión pública, como las bibliotecas, los círculos sociales, los clubes, etc.

La estructura ideológica difunde ideología a través del material ideológico, cuya eficacia e impacto social también puede ser medido y comparado. Los medios audiovisuales como el teatro, el cine, la radio o la televisión poseen un impacto y una extensión en la comunicación social enormemente vasto, y su capacidad de difundir ideología es considerable, aunque con menor grado de profundidad que la comunicación escrita. A su vez, Gramsci incorpora a estos canales de difusión de ideología la arquitectura, el diseño urbano, los nombres que reciben las calles, los monumentos, etc., subrayando también su importancia como material ideológico. A esta dimensión superestructural de la sociedad civil se le une la dimensión de la sociedad política.

La sociedad política

En la teoría marxista clásica se puede identificar su definición como el aparato del Estado. Para Gramsci constituye la función de dominio directo que se expresa en el Estado y el gobierno jurídico: el aparato coercitivo que conforma a las masas del pueblo al tipo de producción y de economía de un momento dado. Es decir, el aparato de coerción estatal que asegura legalmente la disciplina de aquellos grupos que no se adecuan espontáneamente al consenso social (Portelli: 1973. p27). Sus caracteres están definidos con precisión: es el conjunto de actividades de la superestructura que tienen la función de coerción sobre una sociedad. En este sentido, es una prolongación de la sociedad civil. La dirección económica e ideológica que la clase dominante ejerce sobre el resto de la sociedad alcanza su momento político militar en las funciones que desarrolla la sociedad política. Ella se encarga, por tanto, de conservar el orden establecido a través de la violencia y de la ley. De esta manera, se observa que su límite no se establece solamente en el campo militar o de las fuerzas de seguridad de una

comunidad, sino también a través de la coacción legal. Todo sistema jurídico posee un aspecto represivo y negativo que establece límites y amenazas sobre lo que se puede y no se puede hacer.

Se la debe entender correctamente como una prolongación del dominio de la sociedad civil, administrada por una burocracia bien delimitada. (Portelli: 1973. p28). Las situaciones en donde es utilizada se pueden distinguir en dos momentos diferenciados. La más habitual de ellas consiste en el control rutinario que se ejerce sobre todos aquellos individuos y grupos sociales que no consienten la dirección de la clase fundamental. Cuando se genera la contradicción de estos grupos subalternos, la dominación se mantiene a través de sus actividades más básicas, comunes y legales. La segunda situación se destaca por su excepcionalidad. Se trata de aquellos momentos en donde se desarrolla una crisis orgánica. Cuando las clases dominantes no logran hacer avanzar hacia adelante a una sociedad, es decir desarrollar virtuosamente el bloque ideológico que le da cohesión y hegemonía a las fuerzas productivas, se produce una crisis de hegemonía. Por eso se la entiende como una ruptura entre la estructura y la superestructura en el seno del bloque histórico. Es el resultado de contradicciones que se han agravado como consecuencia de la evolución de las estructuras y la ausencia de una evolución simultánea de la superestructura. En esos casos la clase dirigente pierde el control de la sociedad civil y se apoya sobre la sociedad política para mantener su dominación. En aquellos casos en los que el aparato del Estado se encuentra impotente para controlar una crisis orgánica, la clase dominante puede utilizar incluso, más allá de los elementos que le provee la sociedad política, organizaciones paramilitares, extralegales, que den cuenta del ejercicio de la coacción.

La hegemonía y el rol de los intelectuales

Hay que destacar el rol fundamental que Gramsci asigna al papel de los intelectuales por la función que cumplen como nexos entre la estructura y la superestructura del bloque histórico, en cuyo seno se realiza la hegemonía de la clase dominante. No existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia clase de intelectuales y la forma autónomamente (Portelli:1973. p95). Cada grupo crea rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, en distintos campos, como el económico, el social y el político. La misión del partido de la clase obrera será formar los cuadros intelectuales calificados hasta convertirlos en intelectuales orgánicos que logren dar la batalla ideológica con el fin de disgregar la amalgama ideológico-cultural que han constituido los intelectuales del bloque histórico. La tarea histórica de los intelectuales es unificar a las clases subalternas, partir de una

vinculación orgánica entre la clase y la superestructura ideológica y política, que permita la realización de un nuevo bloque histórico.

Esa amalgama, también llamada “trincheras”, es la que conforman las prácticas hegemónicas que, para Gramsci, tienen por objeto la formación del conformismo social en los pueblos. Son una serie de actitudes, de comportamientos, de valores y de pensamientos que permiten a una clase ejercer su supremacía y articular, para los fines de su dominio, los intereses y las culturas de otros grupos sociales. Este proceso es en definitiva netamente cultural y les permite a los grupos dominantes hacerse también dirigentes de la sociedad. Para esta finalidad, los grupos dominantes trabajan a través de los mecanismos mencionados en la sociedad civil.

El problema de la hegemonía, entonces, tiene que ser visualizado a través de las vinculaciones entre la cultura y lo político. Es mucho más que un mero proceso de dominio que no se agota en la relación de esa clase con los medios de producción. La cultura es un espacio de hegemonía. Lejos de ser un proceso de imposición desde el exterior del cuerpo social y de la cultura, es un proceso en el que una clase se hace dirigente en la medida en que logra representar intereses diferentes de las clases populares y, además, en la medida en que los sectores populares se reconocen parte del proceso hegemónico, lo asumen y lo hacen propio. La hegemonía entendida como dominación es conformismo, aceptación e inclusive reivindicación de las capas sociales. En ese proceso, la cultura es un espacio flexible y maleable que se transforma permanentemente: se transforman las culturas y las identidades dominantes y se transforman, también, las culturas e identidades populares, conformando entre ambas articulaciones y alianzas tácitas que a los análisis marxistas clásicos previos a Gramsci por momentos les costaba detectar y explicitar.

Superestructura y transformación social

Tanto la sociedad civil como la sociedad política están en constante relación. Cada una de las esferas actúa simultánea y parsimoniosamente en los momentos de normalidad y progreso del bloque social. Toda clase dominante precisa del consenso y la coerción alternativamente, ya que no existe sistema donde un grupo pueda mantener un control hegemónico meramente a través del consenso, ni ejercer una dominación simplemente sobre la base de la pura coerción. Este caso, sin embargo, no puede ser sino provisorio y momentáneo cuando declina la dirección ideológica. La distinción entre ambas esferas es una cuestión metodológica, ambos son aspectos de la hegemonía de la clase dominante. Para que la hegemonía sea sólidamente establecida, es necesario que sociedad civil y sociedad política estén igualmente desarrolladas y orgánicamente ligadas (Portelli: 1973. p31). De esta manera la clase dirigente podrá utilizarlas

alternativa y armoniosamente para perpetuar su dominación. La imbricación entre ambas genera que, inclusive, muchas organizaciones dependan tanto de la sociedad civil como de la sociedad política simultáneamente.

En aquellas sociedades en donde la sociedad civil es primitiva y “gelatinosa”, el conflicto se limita esencialmente a la toma del aparato coercitivo del Estado. Es el caso, según ve Gramsci, de las sociedades orientales. Teniendo en cuenta las diferencias estructurales entre Oriente y Occidente, Gramsci advierte que para derrumbar el Estado capitalista occidental es preciso elaborar una estrategia distinta a la que se utilizara en la Rusia zarista: la guerra de posiciones. En este caso, en sociedades más complejas, lo esencial del combate clasista va dirigido contra la sociedad civil. Sólo una larga guerra de trincheras, comprendiendo el enorme tejido de pautas culturales, ideológicas y políticas, podrá hacer frente al complejo sistema de defensa que ha establecido el orden social burgués. La guerra de posiciones o de trincheras supone un gran despliegue organizativo que precisa de hombres y recursos, y que tendrá inexorablemente un largo aliento, con el fin de desarticular las trincheras enemigas de la sociedad civil, que son las que anteceden a los resortes de fuerza implantados por la sociedad política. Se trata, en definitiva, de desentrañar los elementos que, en el seno de la sociedad civil, cristalizan las relaciones sociales vigentes a partir de las prácticas cotidianas de las clases fundamentales. En aquellas sociedades donde el aparato de dominación política constituye la mayor parte de la superestructura, la sociedad en su conjunto está en mejores condiciones para detectar las relaciones de dominación y control social. Se denomina “estadolatría” a ese período de primacía del aparato estatal. (Portelli: 1973. p37). Cuando la retracción de la sociedad civil en beneficio de la sociedad política genera la pérdida de control de la clase fundamental de los distintos espacios sociales, al punto de tener que mantenerse a través de la coerción, estaremos frente a un bloque histórico que se vuelve regresivo y que sufre una crisis orgánica global. La crisis orgánica o crisis de hegemonía surge cuando la clase que está en el poder pierde la dirección del proceso histórico; es la consecuencia de una ruptura en el bloque histórico entre dominación y dirección, del conflicto entre representantes y representados, la crisis del Estado en su conjunto. La extinción del bloque histórico y la estructuración de una nueva hegemonía, para Gramsci no será una consecuencia necesaria ni mecánica de la crisis; la solución para la crisis orgánica puede ser la salida revolucionaria, pero también el mantenimiento del antiguo bloque dominante o la acentuación de las condiciones represivas expresadas en el aumento de la coerción (Aznar y Archenti: 1986. p119).

El nuevo sistema hegemónico que debe formar la clase obrera tiene la misión histórica de resolver la distinción entre sociedad civil y sociedad política. En esa batalla, el rol centralizador y dirigente estará en el Partido Comunista, organización que debe a su vez convertirse en sociedad civil y sociedad política en sí misma, estableciendo un nuevo sistema hegemónico que socialice pautas culturales e ideológicas de las clases subalternas, pero que cumpla asimismo funciones de policía como las que ejerce todo Estado liberal-burgués.

La unidad de la sociedad civil y la sociedad política en el seno del partido es fundamental para la toma del poder, y para que se pueda cumplir la tarea de crear una sociedad sin clases. En esta transición se deberán abolir las relaciones de desigualdad que se generan por la propiedad o la carencia de los distintos grupos sociales respecto de los medios de producción. Este Estado de transición será llamado "Estado ético". Sus funciones más importantes serán las de elevar a la gran masa de la población a un nivel cultural y moral que se corresponda con el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas en proceso de ser socializadas (Portelli: 1973. p41). Se llegará a la superación del Estado porque la clase que busca su fin representa a la gran mayoría de la población, y porque se ha constituido en la nueva clase que dirige ideológicamente al conjunto de los grupos sociales que forman esa sociedad, haciendo que sus intereses sean los de todo el cuerpo social, y logrando que toda la superestructura, poco a poco, sea absorbida por la sociedad civil. La sociedad política del nuevo Estado ético deberá ser utilizada para la desaparición de las antiguas clases dominantes. Tras ello, está destinada a desaparecer, y tanto ella como el antiguo aparato jurídico habrán agotado su razón de ser, siendo reabsorbidos por la sociedad civil. Paradójicamente, el aparato del Estado, que en sus orígenes había sido un desmembramiento de la sociedad civil, se deberá fundir en ella al momento en que desaparece.

A modo de conclusión

La obra de Antonio Gramsci se entiende fundamentalmente como la teoría de un revolucionario que, en su afán por la transformación, le mostró al mundo una nueva faceta del funcionamiento del poder. Gramsci reformula la teoría clásica de la extinción del Estado: mientras que para el marxismo ésta se produce por la desaparición de los antagonismos de clase, para él se relaciona con la universalización de la hegemonía. En la constitución de un nuevo bloque histórico con el proletariado como clase hegemónica deberá reducirse la distancia entre sociedad política y sociedad civil, mediante la universalización de esta última. El momento de la universalización de la sociedad civil, y por lo tanto de la hegemonía de la clase subalterna, marcará la desaparición de la sociedad política y el carácter superfluo de la coerción, que sólo es

posible si la clase que detenta la dirección ideológica convierte a sus intereses en los del conjunto de la sociedad.

Si para Marx el objeto de la lucha revolucionaria era la sociedad política y la meta era apoderarse del aparato del Estado, para Gramsci la lucha se desarrolla por el control de la sociedad civil. La conquista del Estado sólo será posible si se ha logrado la hegemonía. Como resultado de este análisis la estrategia política para la conquista del poder es el pasaje de la guerra de maniobras a la guerra de posiciones. Antes de apoderarse del aparato del Estado es necesario lograr el control de la hegemonía, el control de la robusta cadena de *fortalezas y casamatas* que constituyen las instituciones de la sociedad civil. La estrategia de la guerra de posiciones implica una modificación de los instrumentos clásicos de la acción política. El supuesto es que el poder no se toma a través de un asalto porque el mismo no está concentrado en una sola institución, el Estado-gobierno, sino que está diseminado de manera capilar en infinidad de trincheras (Portantiero: 1978. p76). La revolución es así un proceso social en el que el poder se conquista por intermedio de una sucesión de crisis políticas cada vez más graves, en las que el sistema de dominación se va disgregando, perdiendo apoyos, consenso y legitimidad, mientras las fuerzas revolucionarias concentran crecientemente su hegemonía sobre el pueblo, acumulan fuerzas, ganan aliados, cambian, en fin, las relaciones de fuerza. La guerra de posiciones requiere sacrificios de la población; por eso es necesaria una concentración inaudita de la hegemonía que permita al sector más avanzado de las clases subalternas dirigir al resto, transformándose en la vanguardia de todo el pueblo (Portantiero: 1978. p73).

La trayectoria de Gramsci puede ser caracterizada por el rasgo que la vertebró: toda su vida es la de un revolucionario, un marxista preocupado por ligar de modo inescindible su concepción teórica a la práctica. Su trayectoria y su legado son una síntesis de la suma de la tarea intelectual y política que, a su juicio, debe poseer todo dirigente. Ni siquiera el aislamiento producido por la prisión impidió que continúe siendo un intelectual orgánico del movimiento obrero y del comunismo italiano, que había contribuido a fundar y dirigió hasta su caída en prisión.

La derrota del movimiento obrero frente al fascismo, causa mediata de su encarcelamiento, fue el estímulo fundamental para que procediese a repensar los cánones que muchos de los que anhelaban el cambio revolucionario repetían como un dogma religioso. Su forma efectiva de resistir a la represión fascista fue crear una obra que lo constituyó, quizá sin quererlo conscientemente, en un gran pedagogo que marcó un sendero para los que lo sucedieron en el camino de la transformación social.

Bibliografía

- Bobbio, Norberto. (1967) *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*, Italia. Editorial Mimeo.
- Cafagna, Luciano. (1982) *La Revolución Industrial en Italia 1830-1914* en *La historia económica de Europa*, compilada por Carlo Cipolla, Ediciones Ariel, Barcelona, Tomo IV, págs. 289 a 340.
- Campione, Daniel. (2007) *Para leer a Gramsci*, 1º edición, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires, 2007.
- Campione, Daniel. (2004) *Orientaciones introductorias para su estudio*, Buenos Aires.
- Fernández Buey, Fernando. (2001) *Leyendo a Gramsci*, Ediciones El Viejo Topo, Barcelona.
- Gramsci, Antonio. (1986) “*Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*” en *Cuadernos de la cárcel: El Risorgimento*, Juan Pablos Editor, México.
- Gramsci, Antonio. (1920) “*El programa de l'Ordine Nuovo*” en *L'Ordine Nuovo*, Italia, 14 y 28 de agosto de 1920.
- Hanono, Viviana. (1995) *Dossier gramsciano*, Editorial de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Hegel, Friedrich. (2004) *Principios de la filosofía del derecho*, Editorial Sudamericana, Buenos Aire.
- Kemp, Tom. (1987) *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX*, Editorial Martínez Roca, Barcelona, España.
- Kohan, Néstor. (2004) *Gramsci para principiantes*, Editorial Era Naciente, Buenos Aires.
- Marx, Karl y Engels, Federico. (1968) *La ideología alemana*, Editorial Pueblos Unidos, Montevideo.
- Portantiero, Juan Carlos. (1978) *Los usos de Gramsci*, Folios Ediciones, México.
- Portelli, Hugues. (1998) *Gramsci y el bloque histórico*, Ediciones Siglo XXI, Madrid, España.
- Rendon, Carlos. (2008) “*El Estado o la realidad de la eticidad en la filosofía política de Hegel*” en *La nostalgia de lo absoluto: pensar a Hegel hoy*, Editorial Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.